

y vano aplauso del mundo, sino buscar la verdadera sabiduría, que enseña á juntar la humildad con la doctrina, el menosprecio que ellos han de tener de sí con la estima que otros tienen de ellos, y de hacer ménos caso de la ciencia, que hincha (como dice el Apóstol), que no de la caridad, que edifica; á la cual, como á fin y remate de la ley evangélica, todas las demas cosas que á ella se enderezan han de servir, y el entendimiento á la voluntad, como paje de hacha, dándole conocimiento y luz, y despertando y avivando en ella, con sus rayos y resplandores, nuevos ardores y encendimientos de amor celestial. Los obreros y ministros de Dios que en esta granjería tan copiosa y rica de ganar almas se ocupan, aprenderán el celo que han de tener de la honra de Dios, y la sed y ánsia del bien de los prójimos, y los medios que para empresa tan gloriosa se han de tomar, y la fuerza con que se han de ejecutar; sin que sea parte para desviarlos della trabajo ni regalo, promesas ni amenazas, esperanzas ni vanos temores del mundo. Los superiores de la Compañía, poniendo delante de sus ojos este espejo, procurarán de ser (como lo son) verdaderamente padres, y de tenerse por siervos de todos sus súbditos, y de mezclar la suavidad con el celo de la observancia y religion, de tal manera, que ni la blandura sea floja, ni la severidad rigurosa, y que en la una y en la otra se eche de ver la caridad paternal; la cual, cuando halaga, es blanda, y cuando castiga, es fuerte, y siempre es amorosa y dulce para con sus hijos. Finalmente, todos podremos aprender en esta *Vida del padre maestro Lainez*, como cifradas y sumadas todas las virtudes que en ella resplandecen en grado muy subido y de muchos quilates. Aquí hallaremos ejemplo de hallar á Dios nuestro Señor en todas las cosas, el cuidado de la oracion, el espíritu cierto y seguro de la verdadera mortificacion, el amor de la santa pobreza, el menosprecio de todas las cosas del siglo, la mansedumbre con los hermanos, la afabilidad y recogimiento disfrazado y encubierto con los de fuera, y el hacerse todo á todos (como lo hacia el Apóstol), para ganar todos á Dios, al cual suplico que nos tenga á todos de su mano y nos dé su gracia para que imitemos á estos gloriosos padres nuestros, y seamos verdaderos hijos de la Compañía de Jesus en la santidad de vida que ella profesa, como lo somos en el apellido y renombre.

De los primeros padres y compañeros de nuestro bienaventurado padre, que murieron siendo el padre maestro Lainez general, y de algunos otros que fueron martirizados y derramaron su sangre por Cristo nuestro Redentor: de los colegios que se fundaron y de las provincias que se instituyeron, y de algunas otras cosas memorables que sucedieron en su tiempo, harémos aquí alguna mención, como la hicimos en la *Vida* que escribimos de nuestro padre Ignacio, y la hacemos en la del padre Francisco de Borja, tercero preposito general, para que el piadoso y benigno lector pueda comprehender el progreso y discurso de la Compañía en el tiempo que la gobernaron estos bienaventurados padres, dejando las demas cosas que han acaecido en ella, y son muchas y muy ilustres, al que con mayor caudal de ingenio y estilo hubiere de escribir cumplidamente la historia de la Compañía.

LIBRO PRIMERO

DE LA

VIDA DEL PADRE MAESTRO DIEGO LAINEZ,

SEGUNDO PREPÓSITO GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

CAPÍTULO PRIMERO.

Del nacimiento y primeros estudios del padre maestro Lainez, y cómo se juntó con el beatísimo padre Ignacio.

Al tiempo que nuestro padre maestro Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesus y su primer preposito general, murió en Roma, el padre maestro Diego Lainez, que á la sazón era provincial de la misma Compañía en Italia, estaba enfermo en la misma ciudad, y casi desahuciado de los médicos; al cual, el día siguiente despues de la muerte de nuestro beatísimo padre Ignacio, todos los profesos de la Compañía que allí se hallaron, le nombraron por vicario general; pareciéndoles que si moria, podian elegir otro, y que si vivia (cómo esperaban en nuestro Señor), era el que más convenia para el buen gobierno de la Compañía. La vida deste excelente varon, que fué sucesor de nuestro padre Ignacio, y el segundo preposito general, y que tanto ilustró y adelantó esta Compañía con su santa vida y esclarecida doctrina, y suave y maravilloso gobierno, quiero yo aquí escribir (aunque con brevedad), comenzando por su principio y origen.

Nació el padre Diego Lainez en la villa de Almazan, que es en el reino de Castilla, el año de mil y quinientos y doce; su padre se llamó Juan Lainez, y su madre Isabel Gomez de Leon, personas ricas, honradas y cuerdas, y por extremo inclinadas á piedad, y como tales, criaron á sus hijos en amor y temor del Señor. En una carta que el año de mil y quinientos y cuarenta y dos, despues que volvió la primera vez de España, escribió al padre Fabro el padre Lainez, hablando de sus padres, le dice estas palabras: «Yo les quedo muy obligado por la tan humilde y amorosa audiencia y obediencia que me dieron en todo quanto yo me pude acordar serles necesario ó conveniente para su salud espiritual y descanso de sus benditas almas, las cuales nunca podré olvidar hasta la vista, en la cual esperamos.» Yendo una vez su

madre (poco despues que parió al padre Lainez) á holgarse con sus padres, de Almazan á Sigüenza, y llevándole consigo, al pasar de un arroyo, que iba muy crecido, tropezó la cabalgadura del ama que le llevaba en los brazos, y cayósele el niño, y yéndose agua bajo, un tío suyo, que iba allí, dió de espuelas al caballo, y asiendo de las ataduras de las fajas, le sacó y libró de aquel peligro, y le entregó á su madre, que estaba más muerta que viva, por la desgracia que le habia acontecido; y juzgando que el Señor se lo habia dado de nuevo, y sacándole, como á Moisés, de las aguas, le crió áun con mayor recato y cuidado que ántes, en toda virtud.

Pasados los primeros años de su niñez, luégo dió muestras de vivo ingenio y de blanda condición y modestia singular. Aprendió la gramática y las primeras letras en Soria y en Sigüenza con mucha diligencia, y despues de haberse fundado bien en ellas, vino á la universidad de Alcalá para aprender las otras ciencias mayores. Comenzó en Alcalá el curso de las artes liberales, y dióse tan buena maña en él, que dejaba atras á todos sus condiscipulos, y con la agudeza y grandeza de su ingenio, y la fuerza y eficacia de sus argumentos, y buena gracia y claridad en el disputar, se señalaba mucho entre todos, y no ménos en la modestia y suavísima condición que tenía. Acabado el curso de las artes, tomó la borla de maestro con grande loa y admiración; porque, tratándose del lugar que le habian de dar en sus licencias, nunca quiso tomar terceros ni rogadores, ni que ninguno hablase por él, ántes él mismo se fué á los examinadores, y con pocas, llanas y humildes palabras les rogó que hiciesen su oficio justamente, como dellos se esperaba, y que á él no le diesen ni mejor ni peor lugar que merecia. Respondió de tal manera, y dió tan buena cuenta de sí, que á juicio de todos los desapasionados, merecia el primer lugar. Tambien dió muestras de su modestia en otra cosa. Suelen los nuevos maestros, para dar gracias del grado que han recebido, hacer una ora-

cion en latín; y queriendo algunos de sus compañeros ayudarle en la que él había de hacer, para que fuese más elegante, nunca lo pudieron acabar con él, siendo entónces mozo de diez y ocho años; porque decía que nunca Dios permitiese que él quisiese mostrar saber lo que no sabía. Demas desto, era muy compasivo y liberal con los pobres, y repartía largamente con ellos de lo que sus padres le enviaban para su sustento; de suerte que haciendo cuenta de lo que había gastado, se hallaba la mayor parte del gasto haber sido en las limosnas que hacia á los pobres.

De Alcalá se fué á la universidad de París, así por pasar adelante en sus estudios, como por ver á nuestro beatísimo padre Ignacio, de quien había oído contar muchas cosas admirables en Alcalá (donde estaba muy fresca su memoria). Fué nuestro Señor servido que entrando en París, la primera persona con quien topó, fué el mismo padre Ignacio, que le dió muy buenos consejos, y poco á poco le ganó la voluntad; y como él era de suyo bien inclinado y devoto, tuvo poco que hacer en persuadirle que hiciese los ejercicios espirituales; en los cuales fué mucho lo que aprovechó en el conocimiento y menosprecio de sí mismo. Tres dias estuvo sin comer bocado; otros quince comió pan y agua; traía cilicio; disciplinábale muchas veces, con gran deseo de hallar á Dios, suplicándole con fervorosas oraciones y copiosas lágrimas que le diese su luz y fuerzas para agradarle, y tomar aquel estado en que más le había de servir; y así, despues del padre Pedro Fabro, fué el primero que se determinó de ser compañero de nuestro padre Ignacio y seguir su manera de vida. En los estudios hizo maravilloso progreso; porque se refrescó y perfeccionó en la doctrina de Aristóteles, y abrazó la teología con tanto cuidado y ahinco, que por sus cotidianas disputas, y agudeza de ingenio y capacidad, y excelencia de juicio y memoria, ya desde entónces daba á entender cuán eminente teólogo y cuán esclarecida lumbrera de la Iglesia de Dios había de ser.

CAPÍTULO II.

Cómo fué de París á Italia, y lo demas que le sucedió ántes que el Papa confirmase la Compañía.

Armado pues con las armas del espíritu del Señor y de las ciencias que había aprendido, el año de mil y quinientos y treinta y seis partió de París con los demas compañeros para Venecia, donde nuestro beatísimo padre los estaba aguardando. Andaba achacoso en esta sazón el padre Lainez, y sacando fuerzas de flaqueza (que se las daba el espíritu y ánimo que tenía), salió de París, y fué hasta Venecia, trayendo á raíz de sus carnes un cilicio; iba cargado de sus cartapacios y libros, en el corazón del invierno, á pié, con muy pocos dineros, pobremente vestido, caminando por medio de Francia y de Alemania, entre herejes, con muchas lluvias y excesivos frios, y pasando grandes trabajos. Pero el nuevo soldado, que se curtia

para otros mayores, iba con grande alegría, y se mostraba tan esforzado, que comunmente iba delante de sus compañeros, haciéndoles el camino; y cuando había algun río que pasar, el primero que llegaba y tentaba el vado era él; y siendo pequeño de cuerpo (pero de ánimo grande), tomaba sobre sus hombros y pasaba de la otra parte á los más flacos, haciendo en todo oficio de buen compañero y de guía. Estuvo en Venecia algunos meses en el hospital de los incurables, sirviendo á los pobres enfermos y consolándolos con gran caridad, como quien sabía que todo lo que hacia por ellos, lo recibía Cristo nuestro Redentor, por quien verdaderamente él lo hacia.

En el principio de cuaresma del año de mil y quinientos y treinta y siete fué á Roma con los demas compañeros, á tomar la bendición del Papa, para pasar á Jerusalem, con grande pobreza y trabajo; porque ayunaba cada dia, andando á pié, y no comía sino lo que le daban de limosna; dormía en el hospital de los pobres, y para veneerse y mortificarse más, buscaba la cama más sucia y dormía en ella; fueron tan grandes las aguas en todo este camino, que le acontecia ir muchas veces por ellas hasta la rodilla, y algunas hasta los pechos. Entró en Roma descalzo por devoción, y disputó delante del papa Paulo III de algunas cuestiones de teología que se le propusieron, con grande loa y satisfacion de su Santidad; y recibida su bendición y licencia para pasar á Jerusalem, volvió á Venecia, y allí se ordenó de misa, el dia del glorioso San Juan Bautista deste dicho año de mil y quinientos y treinta y siete. De allí fué á Vincencia, ciudad de los venecianos, y estuvo en una pobre y estrecha casilla fuera de la ciudad, sin puertas y sin ventanas, en compañía de los padres Ignacio y Fabro, por espacio de cuarenta dias, durmiendo en el suelo y pasando mucha pobreza y hambre. Porque eran tan estrechas las limosnas que se les hacian, que apenas podían allegar el pan que les era necesario para comer; y así vino á caer malo de una enfermedad. Como se halló mejor, comenzó á predicar por las plazas en latín, porque aún no sabía la lengua italiana; concurría mucha gente á oírle con grande admiracion. Acontecióle alguna vez, acabado el sermón, ir de puerta en puerta por toda la ciudad, pidiendo limosna, y no hallar quien le diese un bocado de pan. Y diciendo yo al mismo padre Lainez, cuando me contaba esto, que cómo era posible que entre tanta gente que oía sus sermones, no hubiese ninguno que le socorriese ni hiciese bien, especialmente en una ciudad tan principal y de tanta cristiandad, me respondió: «Hermano, cuando Dios nuestro Señor quiere probar y humillar, bien sabe cómo lo ha de hacer.»

De allí (perdida ya la esperanza de pasar á Jerusalem) volvió otra vez á Roma, en compañía de los mismos padres Ignacio y Fabro, y por mandado de su Santidad, leyó en el colegio de la Sapiencia (que así llaman el colegio de aquella universidad)

la teología escolástica, con mucha agudeza de ingenio y doctrina, y tambien comenzó á predicar en la iglesia de San Salvador del Lauro. En la junta de todos los diez primeros compañeros que la cuaresma del año de mil y quinientos y treinta y ocho se hizo en Roma, para ordenar, fundar y establecer nuestra religion, él fué uno de los que más se señaló en los avisos que dió, y en las cosas que allí se ordenaron para el establecimiento y gobierno de toda la Compañía. Acabada esta junta, fué enviado por el Papa, con el padre Fabro, en compañía del cardenal de San Angel, el año de mil y quinientos y treinta y nueve, á las ciudades de Parma y Plasencia, que entónces eran sujetas á la Iglesia.

En estas ciudades fué mucho lo que padeció, y mucho más el provecho que hizo con sus trabajos. Andaba muy desabrigado y desnudo en aquellas tierras, que son muy frias, en medio del invierno; y con el amor que tenía á la pobreza, y con el deseo de padecer, y por dar de balde lo que de balde había recibido de nuestro Señor, aunque le ofrecian de limosna lo que había menester para su sustento y abrigo, no lo quería recibir; hasta que sabiendo nuestro padre Ignacio lo que pasaba, le aconsejó y ordenó que lo tomase. Con este ejemplo de vida tan desinteresada, y con el menosprecio de sí y de todas las cosas que otros precian y estiman, fué maravilloso el fruto que cogió. Enseñó la doctrina cristiana á los niños y gente ruda. Predicó con admirable doctrina, espíritu y concurso; dió los ejercicios espirituales á muchas personas de todos estados; y era tanto el número de los que acudían á esta santa ocupacion, que en un mismo tiempo se daban los ejercicios á más de ciento. Comenzó desde entónces á plantar, ó por mejor decir, á renovar el uso santo y provechoso de confesarse y comulgarse á menudo, aunque, como cosa que pareció nueva, tuvo á los principios grande contradiccion de los otros predicadores; pero era tan grande la mudanza de vida de los que se confesaban y comulgaban á menudo, y tan loables sus costumbres y ejemplos, que ellos mismos respondian por sí, y hacian callar á los que ladraban contra ellos. Porque no hay mejor respuesta, ni que mas fuerza tenga, que la verdad, que se defiende más con obras que con palabras. Reformáronse muchos monesterios de monjas; los curas y sacerdotes, siguiendo las pisadas de los padres, daban con su honesto trato y conversacion muy buena cuenta de sí. Y en fin, movióse tanto la ciudad de Parma, que parecía haber resplandecido en ella una nueva luz del cielo, y recibido dos mensajeros que le habían sido enviados de la mano de Dios. Demas destos provechos, que habemos dicho, sacó nuestro Señor otro no menor, que fué el traer á la Compañía, por medio del padre Lainez, á muchos mozos de raras habilidades y varones graves, que en este tiempo, conociendo su instituto, se determinaron de abrazarle y seguirle. Entre éstos fué uno el padre Jerónimo Domenech, canónigo que entónces

era de Valencia, y fundador del colegio que tenemos en aquella ciudad; el cual, yendo de Roma á París, y pasando por Parma, hizo en ella los ejercicios, y se juntó con los padres Pedro Fabro y Lainez, ántes que por la Sede Apóstolica fuese confirmada la Compañía. Lo mismo hicieron Paulo de Aquiles, Elpidio Huguleto, Baptista Viola, Martin Pezano, Silvestre Laudino, Juan Francisco Placentino, Juan Baptista Pezano, Francisco Palmio y Benito Palmio su hermano. El cual, siendo mozo y estando enfermo y para morir, sus padres rogaron al padre Lainez (por la gran devocion que le tenían) que dijese misa por la salud de su hijo enfermo, y él la dijo en el mismo aposento en que estaba ya casi desahuciado; y acabada la misa, se llegó á él, y con alegre rostro le dijo que no temiese, que no moriria de aquella vez; y así fué, y despues entró en la Compañía. Y aunque estos tres postreros no entraron luego en ella, pero entraron despues, cogiéndose á su tiempo el fruto de lo que entónces en ellos se sembró. Y conforme á lo que habemos dicho de Parma, fué el provecho que nuestro Señor sacó tambien en Plasencia de los trabajos del padre Lainez.

CAPÍTULO III.

Lo que dijo á nuestro beatísimo padre Ignacio cuando le hicieron general, y lo que hizo en Roma, en Venecia y en otras ciudades de Lombardia.

Estando ocupado el padre Lainez en estos santos ejercicios, el olor de los cuales, y de las otras ocupaciones de nuestros padres, llegaba á Roma, confirmó la santidad del papa Paulo III nuestra religion, con nombre de la Compañía de Jesus, el año de mil y quinientos y cuarenta, á veinte y siete de Setiembre, y dió su bula plomada, en la cual se declara y confirma nuestra regla é instituto. Trataron luego nuestros padres de elegir cabeza y preposito general que gobernase la Compañía; y así, todos los primeros padres, que estaban derramados por Italia, fueron llamados á Roma, el año de mil y quinientos y cuarenta y uno. Entre ellos vino el padre Lainez, que comenzó luego á predicar en nuestra iglesia con muy bueno y granado auditorio, y con gran fruto.

En aquella primera junta que se hizo, despues que fué confirmada por la Sede Apostolica la Compañía, habiendo todos nombrado por general á su padre y maestro Ignacio, y resistiendo él, y no queriendo en ninguna manera aceptar el cargo, que con tan grande conformidad dos veces le fué ofrecido, el padre Lainez le habló con tan grande libertad de espíritu, que le hizo ablandar y tomar la resolucion que tomó; porque le dijo: «O tomad, padre, la carga que veis que nuestro Señor tan claramente os da y quiere que lleveis, ó por lo que á mí toca deshágase la Compañía, porque yo no quiero otro superior ó cabeza sino la que veo que quiere Dios.» Lo cual se ha aún más de estimar; porque es cierto (y yo se lo oí decir) que si la Compañía se deshiciere, y cada uno de sus

compañeros se fuera por su cabo, él no dejara de seguir su empresa y de servir á nuestro Señor en lo que una vez habia comenzado, ejercitándose en los ministerios que la Compañía usa, para beneficio y utilidad de los prójimos.

Entre los otros hermanos del padre Lainez hubo uno, que se llamaba Márcos Lainez, muy gentil hombre y bien dispuesto, y tan devoto y celoso de la salud espiritual de su hermano, que con ser lego y sin letras, habiendo oído decir que se habían levantado ciertos herejes en aquel tiempo, que predicaban nueva y mala doctrina, y turbaban la paz de la Iglesia católica, y que su hermano se habia acompañado con otros clérigos para instituir y ordenar una nueva religion, no sabiendo qué religion fuese ésta, y temiendo no fuese alguna nueva secta de los herejes que en aquella sazón brotaban é inficionaban al mundo, se congojó y afligió por extremo, y comenzó á hacer oración por su hermano, y á suplicar con grande instancia á nuestro Señor que le tuviese de su mano y no permitiese que cayese en algun error; ántes le hiciese defensor de su santa fe y martillo contra los herejes. Duró en esta oración tres años, diciendo á esta intención cada día tres veces el *Credo* cuando oía misa, en el espacio que hay entre la primera hostia y la hostia postrera. Despues dejó de hacer esta oración, cuando supo cuán diferente y contraria era la religion que su hermano habia tomado á la secta y perdición de Lutero y de sus secuaces. Y vino á Roma, este mismo año de mil y quinientos y cuarenta y uno, á ver al padre Lainez, y queriéndole nuestro Señor pagar su sencilla y pia devoción, por su medio hizo los ejercicios espirituales y entró en la Compañía, y luego se fué al hospital de Santispiritus, á servir á los pobres. Estando en aquella santa ocupación y menosprecio del mundo, le dió una enfermedad, de la cual santamente murió, en la casa de la Compañía, el mes de Julio del mismo año, con grandes señales de haber sido escogido del Señor para el cielo. Apareció despues de muerto al padre Lainez, y consolóle con decirle que escribiese á sus padres que no tuviesen pena de su fallecimiento, porque él, por la bondad de Dios, estaba en buen lugar. He querido referir esto aquí, por tocar á un hermano del padre maestro Lainez, y para que se vea la santa simplicidad y celo de la fe deste buen hermano, y cuán bien le cumplió el Señor sus deseos, y el medio que tomó su inmensa bondad para traerle á la Compañía y darle tan dichoso fin y hacerle merecedor de ser las primicias de los que della subieron al cielo; porque él fué el primero que, despues de confirmada la Compañía por la Sede Apostólica, pasó desta breve y miserable vida á la otra perdurable y bienaventurada que esperamos.

En este mismo año ganó el padre Lainez, en Roma, para la Compañía, algunos sujetos escogidos, entre los cuales fué uno Juan de Polanco, español de nación, de la ciudad de Búrgos, que era mozo muy hábil y bien docto, y escritor apostólico de su

Santidad, y á Andres Frusio, frances de nación, varón de excelente ingenio y de mucha y vária erudición, pero de mayor humildad, gracia y llaneza. Este mismo año de mil y quinientos y cuarenta y uno, yendo madama Margarita, hija del emperador don Carlos (que estaba casada con Octavio Farnesio, duque entónces de Camarino, y despues de Parma y Plasencia), á ver al Emperador su padre á Luca, ciudad de Toscana, el padre maestro Lainez fué, á ruego de ella, en su compañía, para confesarla y predicarle.

El año de mil y quinientos y cuarenta y dos le mandó el Papa ir á Venecia, á instancia de aquella señoría, para dar orden en ciertas obras de caridad que se comenzaban, lo cual hizo con mucho cuidado, y con su vida ejemplar, doctrina y prudencia dió grande satisfación á aquella república. Predicó muy á menudo, y declaró á las tardes el sacro evangelio de san Juan; confesó á muchos caballeros principales, y dió los ejercicios á otros, con grande aprovechamiento de sus almas. Y porque en aquel tiempo andaban en Venecia algunos herejes, que por no ser áun tan conocidos, so piel de oveja, siendo lobos carniceros, hacian grande estrago en el rebaño del Señor, el padre Lainez, con sus sermones y pláticas familiares, descubria las malas mañas y resistia á la astuta crueldad de los herejes; y así, con el favor de nuestro Señor, detuvo á muchos que ya casi engañados se iban á perder, y á otros que ya estaban perdidos les dió la mano, de manera que conociendo su error y engaño, volvieron á la obediencia de nuestra santa madre Iglesia católica romana. Al principio posó en el hospital de San Juan y Pablo; despues se pasó á la casa de Andres Lipomano, que era un caballero principal y gran cristiano, prior de la iglesia de la Santísima Trinidad, el cual se aficionó tanto á la virtud, letras y conversacion del padre Lainez, y al instituto de la Compañía, que se determinó darle el priorado de Santa Maria Magdalena, que tenia en Padua, para fundación de un colegio della, y fué el primero que tuvimos en Italia, como en el libro de la vida de nuestro beatísimo padre Ignacio queda referido. Comenzóse el colegio el año de mil y quinientos y cuarenta y tres, yendo el padre Lainez á asentarle y gobernarle (como le gobernó algun tiempo), despertando con sus sermones y con los demas ministerios de la Compañía toda aquella ciudad, de donde pasó despues á Vincencia y á Verona y á Bresa, derramando por todas ellas el resplandor de su doctrina y virtud, y dando noticia y buen olor de la Compañía en todas partes con el fruto grande que á vista de ojos se seguia. En Bresa predicó toda la cuaresma del año de mil y quinientos y cuarenta y cuatro, y la de cuarenta y cinco en Basan, que es un pueblo una jornada de Padua hácia Alemania, y que por su mala vecindad estaba inficionado de herejías luteranas; y así tuvo bien que hacer el padre Lainez en desarraigat la zizaña que iba creciendo y en sanar las llagas de los que estaban heridos de tan grave y pestilencia

te enfermedad. Despues volvió á Roma, donde estuvo hasta el fin deste año, trabajando como solia, y aprovechando á sus prójimos con su acostumbrada caridad y doctrina.

CAPÍTULO IV.

Va al concilio de Trento por orden del Papa.

En este tiempo sucedió el dichoso y deseado parto de toda la Iglesia, celebrándose el concilio de Trento, que nuestro Señor hizo para tanto bien de toda la cristiandad; y queriendo su santidad del papa Paulo III enviar á él teólogos que asistiesen de su parte á negocios tan graves como eran los que en el concilio se habian de tratar, los primeros de quien echó mano fué el padre maestro Lainez (que era entónces de edad de treinta y cuatro años) y el padre maestro Salmeron (que era de poco más de treinta). A estos padres envió por sus teólogos á Trento, donde fué maravilloso el fruto que nuestro Señor sacó de su doctrina y trabajos. Ordenóles nuestro padre Ignacio que ántes que dijese su parecer en el concilio, se fuesen á servir á los pobres del hospital y á oírlos de penitencia, y enseñasen la doctrina cristiana á los niños, y ellos lo hicieron con mucho cuidado; y habiendo muchos pobres desamparados en la ciudad, buscaron y allegaron limosnas para remediarlos, y con ellas vistieron los que andaban desnudos y se morian de frio, abrigándolos y amparándolos con su caridad. Tambien ayudaron mucho á los perlados con su buen consejo y doctrina, los cuales, por las obras destes padres, vinieron á entender nuestro instituto, y los que estaban engañados por lo que falsamente habian oído decir contra la Compañía, se desengañaron. Otros hubo que considerando bien los ministerios en que la Compañía se ocupa, y pareciéndoles que serian provechosos ó necesarios para sus iglesias, comenzaron á desear algunos padres de los nuestros, que trabajasen en ellas, y para este efeto trataron de fundar colegios. Y como habia prelados de tantas partes de la cristiandad en aquel santo concilio, estando ellos bien informados de la verdad y edificados de la Compañía, derramaron por todas ellas la buena opinion que della tenian; y por esto escribió el padre Araoz (que á la sazón era superior en España) á nuestro beatísimo padre Ignacio que en solos cuatro meses que habian estado los padres Lainez y Salmeron en Trento, habian hecho más fruto y dado á la Compañía más nombre y crédito en España, que él y todos los demas que vivian en ella en muchos años. Pero volviendo á nuestros padres, despues que con la humildad echaron los cimientos de la obra que querian levantar, por mandado de los legados apostólicos comenzaron á decir su parecer en el concilio entre los teólogos. De los primeros que hablaban esta vez fué el padre Salmeron, como teólogo del Papa, queriéndolo así el padre maestro Lainez, á quien tocaba el primer lugar; el cual, por su humildad y por evitar la en-

vidia, y por otros justos respetos, suplicó á los legados apostólicos que le dejasen decir entre los postreros, lo cual hizo, dejando á todos admirados de su rara modestia y excelente doctrina; porque tratando la misma materia que otros muchos habian tratado, y diciendo su parecer despues de tantos y tan graves teólogos (que eran la flor de toda la cristiandad), era cosa maravillosa oírle hablar, y traer cosas nuevas y exquisitas, que los demas no habian tocado; de manera que aunque decia de los postreros, á juicio de todos se señalaba mucho y causaba grande admiración; pero esta orden de decir se guardó la primera vez que estuvieron los padres en el concilio, en tiempo del papa Paulo III. Porque la segunda vez, en tiempo del papa Julio III, y la tercera en tiempo de Pio IV (que todas tres veces se hallaron estos padres en aquella santa junta), no fué así, como adelante se dirá.

Demas de decir el padre Lainez su parecer con tanta loa y aprobacion, los legados apostólicos del concilio le dieron cargo de recoger y recopilar los errores de todos los herejes, pasados y presentes, acerca de los santos sacramentos y otras materias que en el mismo concilio se habian de tratar; y por esta causa, habiendo deseado nuestro padre Ignacio sacar al padre Lainez de Trento, para cierto negocio, por un poco de tiempo, el cardenal de Santa Cruz, que á la sazón era legado del concilio, y despues, por sus grandes merecimientos, fué papa y se llamó Marcelo II, no lo consintió, y escribió á nuestro beatísimo padre una carta del tenor siguiente:

«Muy reverendo padre Ignacio: Por ventura se habrá maravillado vuestra paternidad que yo haya detenido al padre Lainez más de lo que vuestra paternidad y él deseaban; mas yo lo he hecho á buen fin; porque habiéndole yo dado cargo de recoger todos los errores de los herejes, así tocantes á los sacramentos, como á los otros dogmas que se han de condenar en el concilio, y siendo este trabajo largo y de muchos dias, no me ha parecido dejarle partir hasta que le acabe, ó le ponga en términos que otro le pueda acabar; para lo cual habrá áun menester algunos dias más. Así que, pido y ruego á vuestra paternidad que tenga por bien esta confianza que yo hago de su voluntad y de la del padre Lainez; y si todavía le pareciere otra cosa, y quisiere que esta obra quede imperfecta, en dándome aviso, se hará luego lo que me escribiere. Nuestro Señor le conserve en su gracia. De Trento, á los cinco de Hebrero de mil y quinientos y cuarenta y siete.»

Tambien hicieron esta vez los padres otra obra de grande edificación y caridad, y fué, que volviendo de la guerra de Alemania (que con tanta gloria y felicidad hizo el emperador don Carlos V contra los herejes luteranos rebeldes de su imperio y de la santa fe católica), muchos soldados italianos, destrozados, perdidos y muertos de pura hambre y de frio, nuestros padres procuraron que fuesen albergados, curados y remediados (como lo

fueron), con gran consuelo y provecho de los mismos soldados y edificacion de todo el santo concilio.

CAPÍTULO V.

Otras peregrinaciones y ocupaciones del padre Lainez.

Por enfermedades y otras causas que sucedieron, se traspasó el concilio de Trento á Bolonia, el año de mil y quinientos y cuarenta y siete, y despues se suspendió; y así, el padre Lainez fué á Florencia por orden de nuestro padre Ignacio, adonde posó en el hospital de San Pablo, viviendo de las limosnas que le traian. Predicó en la iglesia mayor en lo más recio del verano y toda la octava de san Juan Bautista, patron de aquella ciudad, con extraordinario concurso, aplauso y fruto del auditorio; el cual era tan grande, que los dias de trabajo, á comun juicio, llegaban á ocho mil y más oyentes. Trató en sus sermones del reino de Dios, por la mañana, y despues de comer declaró las epístolas canónicas de san Juan. Ofreciéronle la limosna que solian dar á los otros predicadores, y no la quiso tomar, y aconsejó y procuró que se diese á los pobres por mano de los mismos que se la traian.

De Florencia fué á Perosa, á ruego del legado del Papa y del obispo y regimiento de aquella ciudad, donde se fué al hospital, como acostumbraba, y comenzó á predicar la palabra del Señor, y el sermón que Jesucristo nuestro Señor hizo en el monte. Despues, llamado del ya dicho Marcelo Cervino, cardenal de Santa Cruz, fué á Agubio, de donde el Cardenal era obispo, y movió con su doctrina toda aquella ciudad, y particularmente los monesterios de monjas que en ella habia, á la reformation de sus costumbres y vidas; y lo mismo hizo en la ciudad de Monte Polciano, volviendo á Florencia. En todas estas ciudades dió buen olor y noticia de la Compañía, y de lo que entónces sembró el padre Lainez se vino á coger el fruto de los colegios que despues se hicieron en ellas.

De Florencia fué á Venecia, el año de mil y quinientos y cuarenta y ocho, á tratar y desmarañar un negocio grave que se ofrecia á la Compañía; porque pidiendo los nuestros á aquella señoría la posesion del priorado de Padua, que el Papa habia unido al colegio de la Compañía, á suplicacion del prior Andres Lipomano (como habemos dicho), hubo muy grandes dificultades y contradicciones, las cuales se vencieron con la justicia que teniamos y con la vida, doctrina y prudencia del padre Lainez, y con las oraciones de nuestro beatísimo padre Ignacio, como en el libro de su vida escribimos. Yo estuve en este tiempo con el padre Lainez en Venecia, y acuérdomo que el secretario de la señoría (que se llamaba Vincencio Rizio) nos solia decir, cuando se trataba este negocio: «Vosotros ni sois mis deudos, ni mis amigos, ni os tengo obligacion; mas Dios me da este corazon y esta voluntad para con vosotros, que haga más cuenta de

la justicia que teneis y de la verdad que tratais, que de todo lo demas que se me ofrece.»

Concluido este negocio como se deseaba, mandó su Santidad al padre Lainez (por pedirlo así el cardenal Farnesio) que fuese á la ciudad de Monreal, en Sicilia, de donde era arzobispo el Cardenal. Yendo de camino, predicó en Nápoles al virey don Pedro de Toledo y á la nobleza de aquel reino, con tan grande admiracion, que luego trataron de traer gente de la Compañía y fundar colegio en aquella ciudad. Mandóle nuestro beatísimo padre Ignacio hacer oficio de visitador de la Compañía en Sicilia, y así lo hizo, aumentando el colegio que se habia comenzado aquel año en Mesina, y dando principio al que el año siguiente se comenzó en Palermo, y moviendo la una y la otra ciudad, con su doctrina, á todo género de piedad.

En Monreal hizo lo que le habia encomendado el Cardenal maravillosamente, porque habia muy grandes enredos y ocasiones de discordias muy antiguas entre los monjes de San Benito y los canónigos de aquella iglesia catredal, que juntamente la sirven en el mismo coro; y aunque se habian tomado muchos medios por personas muy graves que para esto habia enviado el cardenal Farnesio, nunca se habian podido concertar entre sí. Pero el padre Lainez los sosegó y desmarañó, y cortó las raíces de todo desabrimiento y discordia; dió orden y traza en el gobierno, y hizo tales estatutos y ordenanzas, que guardándolas no podian tener ocasion de encontrarse ni de desasosegarse más; y así, el Cardenal mandó que se escribiesen y guardasen puntualmente, y se pusiesen y fijasen en la sacristía, para que todos las leyesen y supiesen lo que habian de hacer. Restituyó y reformó un monesterio de monjas muy principal que estaba muy mal parado y caido, y con su espíritu blando y suave hizo que dejasen lo que tenian y siguiesen la comunidad y el coro, y guardasen silencio y clausura, y se confesasen y comulgasen á menudo; y finalmente, que con las obras y mudanza de vida diesen muestra de su reformation y de la santidad que profesaban. Fué tan grande la opinion que las monjas tenian de su santidad, letras y prudencia, que fácilmente se rendian á todo lo que él les ordenaba; y afirmaron que un dia, diciendo misa en una capilla de su convento, para elegir abadesa y comulgarlas á todas ántes de la eleccion, vieron muchas de ellas una paloma sobre su cabeza, y que por ella entendieron la abundancia de gracia que el Espíritu Santo le comunicaba. Tambien procuró que el Cardenal hiciese largas limosnas á los pobres, como las hizo, remediando muchas doncellas, amparando los huérfanos, mandando dar todo lo necesario á los enfermos y consolando y sustentando á los otros menesterosos y necesitados. Y todo lo demas que tocaba al gobierno espiritual y temporal de su arzobispado, mandó el Cardenal que se guardase al pié de la letra, como el padre maestro Lainez lo habia ordenado.

CAPÍTULO VI.

Cómo fué á la guerra de África que se hizo contra los enemigos de nuestra santa fe.

De Sicilia pasó, el año de mil y quinientos y cincuenta, á Berbería. La causa desta jornada fué la que aquí diré. Dragut, cosario famoso, habia con engaño tomado la ciudad de África, echando al jaque señor della, y de allí hacia grandes correrías y presas, con grandísimo daño de los reinos de Sicilia, Nápoles y Cerdeña, y de las otras costas de la cristiandad; al cual queriendo obviar el emperador don Carlos V, y asegurar la navegacion del mar Mediterráneo, determinó de quitar á Dragut por fuerza de armas aquel nido y ladronera, que por ser muy fuerte y tan cercano era gran padrastró de sus reinos y señoríos. Dióse el principal cuidado desta guerra por tierra á Juan de Vega, virey de Sicilia y capitán general de las empresas de Berbería, y al príncipe Andrea Doria por mar. Juan de Vega, como caballero cristiano y que iba á hacer guerra á los enemigos de nuestra santa fe, deseó llevar consigo hombres de pecho cristiano y de profesion y vida religiosa, para que tuviesen cuenta con el aprovechamiento de las almas y con los cuerpos de los soldados enfermos, y para que mientras que el ejército meneaba las manos contra los moros, ellos alzasen las suyas al cielo, y con sus oraciones alcanzasen de Dios gracia para bien pelear y vencer; y como era tan devoto de la Compañía, y tenía tan gran concepto y estima del padre maestro Lainez, echó mano dél para este efecto, y le nombró por cabeza y administrador del hospital, para que dél dependiesen los demas y colgase el peso de todas las cosas espirituales.

Llegada la armada á Berbería, y desembarcada la gente y puesta en escuadron, y ganada el agua á los enemigos, hizo el padre Lainez un sermón á todo el campo, en el cual les declaró la diferencia que debe haber entre las guerras de los cristianos y las de los infieles que viven sin conocimiento de Dios. «Nosotros (dice) habemos de pelear por la fe y religion del que murió por nosotros; los otros pelean por robar, y por la gloria y dilatacion de su imperio. Nosotros, aunque habemos de menear las manos en la guerra, no habemos de poner nuestra esperanza en ellas, sino en Dios, que es el que da la victoria. Hase de pelear valerosamente y vivir cristianamente. No habemos de hacer guerra al enemigo con las armas y á Dios nuestro Señor con nuestros pecados, sino ganarle la voluntad con obras dignas de soldados cristianos, que no deben mirar tanto al interese temporal y á los despojos de la guerra, cuanto á la honra y gloria de su Dios, y á la paz y seguridad que con la guerra se ha de alcanzar para bien de todos los cristianos.»

Despues comenzó á ejercitar su oficio y á servir á los enfermos y heridos en el hospital, de los cuales hubo muchos, por haber sido el cerco largo y trabajoso. Consolábalos el buen padre, confesába-

P. R.

los, ayudábalos á morir, y encomendábalos el alma cuando estaban para darla á Dios; ayudaba á enterrar los cuerpos de los difuntos, y á los que estaban malos él con su mano les daba de comer y de beber, y las purgas que habian de tomar y las unciones, estando de dia y de noche presto y aparejado para acudir á todos los que le llamaban ó habian menester. Tambien puso cuidado en que no se hurtase nada á los enfermos (como se usa hacer en los reales), sino que á cada uno se guardase lo que era suyo. Y no solamente tenia cuidado de los pobres que estaban en el hospital, sino tambien se extendia su caridad á la otra gente más lucida y rica que estaba en sus tiendas enferma ó herida, procurando que no les faltase, ni alivio para el cuerpo, ni consuelo y remedio para el alma. Fué asimismo de mucho provecho su prudencia y buena maña para que las cabezas del ejército cristiano, que se confesaban con él, estuviesen muy unidas y conformes, y no diesen oídos á parleros y á malsines, que con sus malas lenguas, chimerías y mentiras los querian revolver.

Poco ántes que se diese el asalto y se tomase la ciudad, publicó á todo el campo el jubileo plenísimo que la santidad del papa Julio III les enviaba para aquella santa empresa, remitiendo las condiciones con que se hubiese de ganar al padre maestro Lainez; y así, él les predicó y declaró lo que cada uno habia de hacer para ganar aquel inestimable tesoro, y animó y esforzó á los soldados para el último asalto con tales palabras, que menospreciando y teniendo en poco su vida, subian por las murallas y torres, y rompian por medio de los enemigos y de las aguas de la mar con tanto denuedo y espanto, que sin poderlos resistir los que estaban en su defensa, entraron la ciudad y la ganaron, á los diez de Setiembre deste mismo año de mil y quinientos y cincuenta. Fué cosa maravillosa que con tantos y tan largos y tan continuos trabajos, habiendo muerto ó enfermado cuarenta de los que servian en el hospital, el padre Lainez, que era delicado de complexion, y su compañero solos no cayeron malos; ántes estuvieron siempre sanos y en pié, para ayudar y servir á los demas.

A los catorce de Setiembre, dia de la Exaltacion de la Santa Cruz, se limpió la mezquita mayor de África, que era un templo antiguo, suntuoso y bien labrado, y se consagró á Dios nuestro Señor, á honra del glorioso precursor suyo, san Juan Bautista. En él dijo misa el padre Lainez, y predicó y exhortó á todos que reconociesen la victoria de la mano de nuestro Señor y le hiciesen gracias por ella, y amonestó á los soldados que quedaban en presidio y guarda de la ciudad á vivir como soldados cristianos, y atraer á los alárabes y moros con su ejemplo al conocimiento y luz de Jesucristo nuestro Redentor. Con estas obras ganó los corazones de todos aquellos caballeros y soldados, los cuales le miraban y reverenciaban como á un hombre venido del cielo.

Pero entre las otras virtudes del padre Lainez

que más resplandecieron en esta jornada, fueron dos: la una, el menosprecio de todo el interese temporal; la otra, la fortaleza y constancia de ánimo. Porque primeramente, ofreciéndole muchas veces gran suma de dinero, nunca la quiso recibir, ni tomar para su sustento cosa alguna del hospital al cual servia, sino que se sustentaban él y su compañero de la limosna que Juan de Vega les daba. Allende desto, el día que se dió el postrer asalto, vinieron muchos soldados al padre Lainez, trayendo cada uno lo mucho ó poco que tenia para que se lo guardase, ó si Dios dispusiese dél en el asalto, hiciese dello lo que le pareciese, ó lo que en la memoria que cada uno traia se contenia; fueron tantos los que vinieron y tanto lo que trujeron, que se llegó una muy buena suma de ducados. El padre Lainez, visto lo que aquellos soldados se fiaban dél, y la buena opinion que tenian de su persona, al tiempo que se dió el asalto suplicó muy ahincadamente á nuestro Señor que guardase á todos los soldados, pero particularmente á aquellos que con esta confianza habian mostrado la cuenta que tenian con su persona, por su amor. Oyó las voces de su siervo el Señor; fué cosa maravillosa que en un asalto tan sangriento y en un combate tan reñido, en el cual hubo tantos heridos y muertos, no murió ni fué herido ninguno de los soldados que habian encomendado sus cosas al padre Lainez. A cada uno dellos, sanó y alegre, volvió el buen padre lo que de cada uno habia recibido, y fué cosa muy notada y de gran maravilla, no ménos la fuerza que tuvo su oración para con Dios, que la fidelidad que usó para con los hombres, volviendo lo que era suyo á cada uno. Porque no hay cosa de mayor admiración para los hombres apegados en sus intereses y pretensiones, que ver al religioso desinteresado y despreciador de todo lo que ellos precian y estiman, mostrando con obras ser horrura y basura todo lo que no es Dios.

No fué ménos admirable la fortaleza que mostró el padre Lainez en esta jornada; porque en medio de los peligros estaba seguro, y temiendo algunas veces los que se tenian por esforzados, él no temia, no solamente cuando estaba en el hospital, que era apartado y lejos de los tiros de los enemigos, pero tampoco cuando andaba más cerca dellos, en lugares descubiertos y peligrosos. Preguntándole yo la causa desto, me decia que él nunca se habia puesto en peligro por curiosidad ni vanidad, ni por otros respetos mundanos, sino cuando le obligaba la caridad, y con esto no le parecia que tenia que temer.

Tomada pues la ciudad, y dejado el órden que convenia para la defensa della, volvió la armada á Sicilia con grandísimo peligro, porque se levantó una tormenta tan recia y espantosa, que los capitanes y soldados más valientes, que no habian temido á los enemigos, comenzaron á temer y desmayar viendo el furor de los vientos y la braveza del mar. Estando ya casi sin esperanza de remedio, el padre Lainez, que iba en la galera capitana de

Sicilia con el virey Juan de Vega, comenzó á animar la gente y á decir á grandes voces: «¿Qué es esto, señores? ¿De qué nos espantamos? ¿Qué tememos? ¿No sabemos que estamos en las manos de Dios? ¿Pensamos, por ventura, que no son poderosas para salvarnos, siendo las que quebrantan las furiosas ondas de la mar y ponen término á su orgullo? ¿Ó creemos que no querrá librarnos el que nos crió de nada y nos compró con su sangre, y nos gobierna con tanta y tan particular providencia, que no cae un cabello de nuestra cabeza sin su voluntad, y nos tiene aparejada su gloria si por nosotros no falta? Colgados estamos de aquel Señor, ¡oh valerosos capitanes! de quien están colgadas y pendientes todas las criaturas, mirando siempre su rostro para cumplir luego sus mandamientos. Él es nuestro Señor y nuestro Padre; quiere que paguemos aquí con este trabajuelo los pecados que habemos cometido en la vitoria que Él nos ha dado, y el desconocimiento y descuido que habemos tenido en sabérsela agradecer y servir. Vendrá despues desta borrasca la bonanza, y llegaremos, con el favor divino, al puerto deseado.» Diciendo el padre Lainez estas palabras, se levantó un caballero principal, deudo de Juan de Vega, y dijo con gran sentimiento: «¡Oh, padre, padre! Está vuestra paternidad alegre y consolado con el testimonio de su buena conciencia, y nosotros afligidos y amargos con el remordimiento de nuestros pecados. Vuestra paternidad está aguardando el cielo, y nosotros el infierno, ¿y quiere que no desmayemos y que tengamos un mismo ánimo y esfuerzo, siendo tan desemejantes nuestras vidas y tan contrarios los fines que esperamos?» En fin, aplacóse el tiempo, y la armada, aunque con trabajo y pérdida de muchos remos y obras muertas y de dos naves de alto borde, llegó á salvamento al puerto de Trápana, en Sicilia, quedando todos muy edificados del padre Lainez, y maravillados de su virtud y ejemplo, que fué tan grande, que no faltó quien le cortó parte de su ropa para tenerla como reliquia de un gran siervo y amigo de Dios.

Finalmente, el padre Lainez y el padre Salmeron trabajaron mucho en el santo concilio, sirviendo á los legados de la Sede Apostólica y á los otros perlados en todo lo que se ofrecia; y así, por su consejo se propusieron y trataron y determinaron algunas cosas de mucho peso y utilidad, por ser universales y tocar á toda la Iglesia católica. Tambien dieron á conocer la Compañía, que era recién nacida y desconocida en el mundo, y le dieron lustre y buen nombre, mostrando con sus obras y doctrina que merecia ser favorecida y amparada de la Sede Apostólica, como siempre lo ha sido. Y parece que quiso nuestro Señor que de los tres legados que la primera vez presidieron en el santo concilio, en tiempo del papa Paulo III, dos le sucediesen en el pontificado inmediatamente, uno tras otro, que fueron Julio III y Marcelo II deste nombre; los cuales, como en el concilio ha-

bian conocido tan estrechamente á los padres Lainez y Salmeron, y servidose dellos, y por ellos cobrado tanta afición á la Compañía, se la mostraron despues, siendo papas, con las muchas gracias que le concedieron, especialmente Julio III, que vivió más en el sumo pontificado, porque Marcelo II (como despues se dirá) acabó el suyo en breves días. Demas desto, ganaron estos padres las voluntades de casi todos los perlados y hombres señalados en letras de toda la cristiandad; por lo cual se derramó el buen olor y fama de la Compañía, y se dió ocasion á que se hiciesen muchos colegios della, como se ha dicho. Tales fueron el de Granada, el de Plasencia, el de Murcia, el de Paris, Billon y Moriacó en Francia, por la amistad que los perlados destas ciudades tuvieron con los dichos padres. Y no fué fruto de poca estima entre los que cogieron en el concilio, haber ganado en él al doctor Martin de Olabe para la Compañía, que por haber sido hombre muy señalado en virtud y letras, y uno de los que más suspensos y maravillosos estaban del ingenio y doctrina del padre Lainez, y haberse determinado de seguirle con muy extraordinaria vocacion de Dios nuestro Señor, pues viene á propósito, quiero yo aquí decir cómo ello fué.

CAPÍTULO VIII.

La entrada en la Compañía del doctor Martin de Olabe.

El doctor Martin de Olabe fué de nacion español, nació en la ciudad de Vitoria, que es cabeza de la provincia de Alava, de padres ricos y nobles; fué de muy rara habilidad, extremado juicio y loables costumbres. Estudió, siendo mocho, en la universidad de Alcalá, adonde viniendo el bienaventurado padre nuestro Ignacio á estudiar, pidiendo como pobre limosna, el primero que se la dió á la puerta de Guadalajara (1) fué Martin de Olabe. De allí, siendo ya mozo, fué á la universidad de Paris, adonde leyó el curso de artes con gran loa, y se dió á los estudios de teología tan de propósito, y los siguió con tanta diligencia y cuidado, que en las disputas y otros ejercicios de letras dejaba muy atras á sus compañeros, como se mostró en el grado tan aventajado que le dieron cuando se graduó de doctor. En este tiempo era hombre alegre y de buena conversacion, y que se burlaba de los nuestros y no queria tratar con ellos, por parecerle que era gente escrupulosa y demasadamente retirada. De Paris fué á la córte del emperador don Carlos V, donde estuvo algunos años sirviéndole de capellan, y por su excelente doctrina, deudos y amigos tuvo siempre mucha cabida con los señores della. En la córte de tan gran príncipe vió todo lo que se desea y se suele ver de grandezas, fiestas, regocijos, aparatos, entradas y acompañamientos de señores y príncipes, y de todo lo demas que los hijos del siglo tanto precian y estiman; pero

(1) La que hoy se llama de Mártires, desde que entraron por ella las reliquias de los santos niños Justo y Pastor, traídas de Huesca á fines de aquel siglo.

Olabe no hallaba contento, descanso ni hartura en lo que no se la podia dar. Hallóse en toda la guerra de Alemania con el Emperador, y paseó aquella latísima provincia, para que no le quedase qué probar; y en fin, entendió que en paz y en guerra el mundo siempre es uno, vano, engañoso é inconstante; y como era hombre docto y discreto y de buen natural, desengañóse más presto que otros, y comenzó poco á poco á tratar de dejarle.

Fué muy amigo del padre fray Pedro de Soto, religioso de la órden de Santo Domingo y confesor del Emperador, que en aquel tiempo podia mucho. El cual padre, viendo la gran calamidad y estrago que las herejías luteranas en toda Alemania habian hecho, y que iban cundiendo y extendiéndose cada día más, determinó de oponerse con todas sus fuerzas á aquel infernal impetu y pestilencia furiosa, para estorbar que no hiciese tan gran progreso. Y así, acabada la guerra de Alemania, y vuelto el Emperador á los estados de Flándes, se concertó con el doctor Olabe de quedarse en Alemania, para con su vida y doctrina resistir y detener la furia diabólica de los herejes, y sustentar la religion católica en cuanto les fuese posible. Ofrecióles para esto una muy buena ocasion Ottho Truchses, cardenal de la santa Iglesia de Roma y obispo de Augusta (que fué siempre gran defensor de nuestra fe católica), con un colegio y universidad que queria fundar en Dilinga (que es pueblo de la cámara obispal de Augusta), para que en ella algunos mozos tudescos de buenas habilidades se criasen en toda virtud y en sana y católica doctrina, y con ellas, siendo eclesiásticos, acabasen contra los herejes lo que las armas y tan señalada vitoria que Dios nos dió no habian podido acabar. Hizose el colegio, vinieron los estudiantes alemanes, pusieronse en él preceptores muy escogidos, entre los cuales los principales eran fray Pedro de Soto y el doctor Olabe, y el Cardenal hacia la costa á todos muy liberalmente. Pero despues se ofrecieron tantas dificultades, que no pudiendo vencerlas y pasar adelante con su buen propósito, fray Pedro de Soto se volvió á España, y Olabe se determinó de pasar á las Indias Occidentales, sujetas al Rey de Castilla, para aprovechar con su ejemplo y doctrina á los gentiles, pues no habia podido aprovechar á los herejes. Para esto envió una librería muy copiosa y vária de todas suertes de libros á Sevilla, donde se pensaba embarcar.

En el entretanto sucedió lo del concilio de Trento, que el papa Julio III mandó continuar, como habemos dicho. Fué Olabe para asistir al concilio en nombre del Cardenal de Augusta, que se lo habia rogado muy encarecidamente, y tambien para conocer y tratar en aquel teatro de toda la cristiandad los más eminentes y famosos letrados della, entre los cuales se señalaba él de manera, que fué tenido por varón muy docto y muy elocuente y gran disputador. Pero, como siempre tenia la determinacion de pasar á las Indias, y deseaba de veras agradecer á nuestro Señor, y convertir aquellos bárbaros